APOLO

AÑO III

Número 13

REVISTA DE ARTE

Y SOCIOLOGÍA

DE PÉREZ Y CURIS

MONTEVIDEO - BUENOS AIRES

MARZO DE 1908

Y LA ELECTRO-TECNICA-URUGUAYA

Cioffi, Regusci y Voulminot

Empresa de instalaciones eléctricas

Particulares é industriales

GRAN EXPOSICION DE ARTEFACTOS

Arañas, Brazos, Portátiles, Tulipas, etc.

Avenida 18 de Julio 65, esq. Convención

Los dos Teléfonos

APOLO

REVISTA DE ARTE
Y SOCIOLOGÍA

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.° 13. Montevideo — Buenos Aires, Marzo de 1908.

Un Congreso del Libre Pensamiento en París (1905) (1)

67580

Para *Apolo*.

. . . . . .

. . . . . .

Desde luego no es la primera vez que los librespensadores del mundo se dan cita en una ciudad y discuten los temas que se relacionan con su doctrina. El congreso que tuvo lugar en Roma el año pasado está todavía presente en la memoria de todos Pero lo que da esta vez una resonancia particular al asunto es, no sólo el reciente triunfo del Estado sobre la Iglesia en Francia, sino también la importancia trascendental de los problemas que se van á tratar este año y el renombre indiscutible de los llamados á tomar parte en los debates. El químico Berthelot en nombre de Francia, el profesor Sergi en representación de Italia, Ernesto Haeckel por Alemania y muchos otros sabios de diversos países van á discutir el plan de una nueva enciclopedia, á dar las bases de una moral laica, á desentrañar las condiciones y las consecuencias de la separación de la Iglesia y del Estado, á organizar la propaganda universal del libre pensamiento y á delimitar las relaciones de éste con el pacifismo y el progreso social Alrededor de tan ancha base se ha preparado una fiesta para que los liberales del mundo fraternicen durante una gran semana triunfal en que serán recibidos por los consejos municipales, inaugurarán estatuas, asistirán á un banquete de dos mil cubiertos y crearán una agitación que tiene que influir naturalmente sobre la vida Por eso y porque el próximo congreso universal del libre pensamiento tendrá lugar en nuestra ciudad de Buenos Aires en 1906, creo que pueden resultar interesantes los juicios y las previsiones de mis dos amigos ilustres.

—

El doctor Petitjean es reservado en la cortesía y cortés en la reserva. Bajo su levita cuidada palpita la voluntad de un hombre robusto y ágil, de mediana estatura y de ademanes sobrios La barba, más blanca que gris, envuelve una cara toda rosa y toda afable donde «ironizan» dos pequeños ojos muy vivos. Tratado de cerca, tiene mi interlocutor silencios acariciadores, frases felices y mucha llaneza en la manera de ofrecer la mano De lejos aparece un tanto hostil .. Su celebridad en las antesalas ¿ he dicho que es senador ? deriva sobre todo de los puntos suspensivos de sus párrafos. Es el hombre que sabe dar mayor alcance a una sonrisa Pero no por eso desdeña la exactitud y la prudencia Porque si padece también de la manía infantil y tradicional de los médicos que aun en medio del diálogo mas indiferente imaginan en el que les habla un caso agudo de neurosis, no ignora que otros pueden hacer uso de perspicacias igualmente aventureras y se mantiene á la defensiva escondiendo su meridionalismo bajo una lentitud artificial.

(1) De un libro en prensa: Burbujas de la vida.

— Todo va saliendo á maravilla, — me dice ofreciéndome un taburete en la gran habitación atestada de circulares y folletos donde trabajan febrilmente diez secretarios; — el congreso será como ninguno. De Francia hemos recibido treinta mil adhesiones Los grupos feministas, las sociedades científicas, las universidades populares, las cooperativas, los centros libertarios, los núcleos antimilitaristas y hasta algunos sindicatos y sociedades de socorros mutuos, acuden en masa á traernos el apoyo de toda una población consciente. Podremos estar orgullosos de nuestra fiesta. Cuando los representantes de la fracción libre de cada nación inauguren frente á la basílica célebre el monumento del caballero de la Barre quemado en 1766 por no haberse descubierto ante una procesión, algo sutil y al mismo tiempo poderoso va á salir de Paris para desparramarse por el mundo ..

— ¿ Y los delegados extranjeros ? - me permití interrumpir — ¿ serán también muy numerosos.

El doctor Petitjean tuvo uno de esos gestos casi imperceptibles, pero elocuentísimos que son la esencia de su carácter.

— Todas las naciones estarán presentes – repuso — y algunas delegaciones, como la de Bélgica, vendrán en trenes expresos y hasta con sociedades corales. Tendremos un delegado chino.. Demás está decir que las diferentes repúblicas de la América del Sud, tan resueltas y tan atrayentes, estarán representadas con brillantez. A la cabeza de ellas, como usted sabe, la Argentina...

El delegado agradeció con un saludo y el cronista volvió á empezar:

— Y para el congreso de Buenos Aires en 1906, ¿ qué previsiones podría usted formular ?

— Varias. Entre ellas una personal: que estoy resuelto á asistir á él. Nada va á ser más interesante que esa excursión colectiva al continente joven para activar allí la circulación de la buena savia. Sin contar con los beneficios que ello traerá á la idea por que luchamos, se me ocurre que esa gran asamblea universal, congregada en la capital de un nuevo mundo, tiene que abrir también insospechados horizontes de intercambio comercial á los productores y consumidores de todes los paises Porque nosotros no somos simples sectarios, sino hombres de ideas avanzadas que lo abarcan y lo comprenden todo. Los delegados franceses por lo menos, serán en su casi totalidad hombres públicos ó grandes industriales que, sin quererlo quizá, darán al viaje una doble significación. Nada puede impedir que fuera del fin esencial que nos conduce, observemos en torno y descubramos posibilidades y exigencias que desde lejos nos escapan. Unos lucharán al volver en los parlamentos por modificar las tarifas aduaneras; otros crearán en su industria nuevas corrientes comerciales, y la visita de orden político tendrá al fin, como todo en estos tiempos de unificación y de síntesis, sus resultados generales ..

Para ver á Furnemont tuve que volver á estar en contacto con esa ciudad maravillosamente sonriente y hospitalaria que se llama Bruselas.

En el camino desde la estación hasta el café donde pedimos los dos grandes vasos de cerveza rubia pude observar lentamente á mi compañero.

León Furnemont, diputado y consejero municipal de Bruselas, hombre de fortuna, fundadar de varias cooperativas y secretario de la Liga internacional del libre pensamiento, es uno de los intelectuales más estimados de su país y, después de Vandervelde, el que mejor traduce el alma de esa democracia activa que va ganando terreno é imponiendo sus concepciones á la nación. De estatura mediana, más bien flaco, nervioso, de ojos muy vivos, es, con su barba en punta, un tipo original y simpático. El traje negro que lleva con descuido y el sombrero de paja que da no sé qué perfil juvenil á su cabeza, donde abundan los cabellos blancos, hacen de él

una figura campechana y atrayente, que cabe con la misma autoridad en el café elegante donde comimos por aventura, y en la Casa del Pueblo donde tomamos el café más tarde en compañía de un grupo de electricistas

—Nuestros congresos del libre pensamiento — me declara Furnemont no puedan asustar ya á nadie. En otros tiempos tuvimos que luchar contra terribles obstáculos Hoy todo concurre á darles brillo. Y el que tendrá lugar en París será seguramente el de más resonancia entre los realizados hasta ahora. No en vano ha habido un ministerio Combes y una cámara capaz de votar la separación de la Iglesia y del Estado París es hoy nuestra Roma laica. En ella se reunirán dentro de algunas semanas los emancipados de todo el mundo para afirmar su deseo de desligar definitivamente la tradición de la vida . . Y de ese acercamiento de los mejores espíritus surgirá más vigorosa la voluntad de todos . . .

— ¿Piensa usted ir á Buenos Aires para el congreso de 1906 ?

— Iré; y aprovecharé el viaje para conocer el interior de la República Argentina Es ún país que me interesa y me atrae más que muchos de Europa, porque veo en él no sé que audacia juvenil llena de promesas . . . A mi juicio, el congreso de Buenos Aires de 1906 será un acontecimiento ruidoso y comentado. Por la primera vez en la historia una ciudad sudamericana servirá de punto de cita para discutir asuntos de interés universal

Ello equivale á incorporar á Buenos Aires, á los grandes centros de Europa y reconocer oficialmente su importancia y su categoría... Lo único que tememos es que las autoridades, mal aconsejadas por algún grupo enemigo, pongan trabas á la realización del congreso ó dificulten su obra . .

Aquí se imponía una aclaración incidental :

— Es innegable — le dije — que algunos gobiernos nerviosos y expeditivos han dado á ciertas regiones de Sud América una reputación enojosa que autoriza los temores formulados. Pero cabe afirmar que en este caso no tendremos que lamentar ningún tropiezo. La posición y la autoridad de los organizadores, entre los cuales figuran las firmas de Augustín Alvarez, Pablo Barrenechea y Juan Balestra, así como la celebridad de muchos de los delegados extranjeros que se aprestan á concurrir, haría imposible toda tentativa de mal humor. Antes bien, se puede predecir que el poder facilitará, dentro de los límites que le impone su abstención teórica, la tarea de los congresistas y hará gala del más amplio liberalismo. No faltarán desde luego los que insinúen medidas prohibitivas. Pero la casi unanimidad del país sabrá practicar la amplia hospitalidad que se impone. Y es casi seguro que más de un adversario hará abstracción de sus preferencias de doctrina y callará sus rozaduras para no pensar más que en la necesidad de recibir cortesmente á un núcleo de ilustres delegados extranjeros. Puede usted tener la convicción de que la actitud de las autoridades será ampliamente alentadora. Aunque se sientan molestadas por el matiz político avanzado que inevitablemente imperará en el congreso, pugnarán por imponerse una sonrisa, porque no ignoran el remolino que el menor gesto brusco podría producir en la opinión nacional y en la europea . .

— Siendo así, — reanudó Furnemont, — nada se opone al éxito de esa primer reunión de libres pensadores en el nuevo mundo . . . Será un congreso histórico que nos permitirá ver de cerca un país extremadamente simpático. Me han dicho que en Buenos Aires hay ahora un millón de habitantes . . .

— Exactamente . . .

— A pesar de eso me asombra que tengan ustedes una prensa inverosímil que no puede ser comparada más que con la de Londres ó la de Norte América . . .

Y terminada la «interview» en la terraza del café invadida por el

crepúsculo, seguimos conversando de cosas varias, que se esfumaron lentamente, como el humo de los cigarrillos.

—

De las dos breves entrevistas se deduce una moraleja que conviene precisar en medio párrafo.

Los pueblos de la América del Sur empiezan á abandonar su papel de eternos espectadores, para compartir con los de Europa la dirección de la vida. Ya no se les considera como una dócil sucesión de ceros destinados á corear las resoluciones tomadas sin consultarlos. Al empuje de una juventud preparada y resuelta que logra horadar los muros antes impenetrables del mundo viejo, nuestros países se incorporan al movimiento universal y empiezan á ocupar dentro de él el puesto que les corresponde. Una vez reconocida su personalidad moral por Europa, sólo les queda la tarea de aumentar su prestigio hasta igualar el de los demás países. Lo difícil era hacer tomar realmente en cuenta nuestras banderas jóvenes. Obtenida esa satisfacción, las otras vendrán de por sí, porque sólo dependen de nuestro esfuerzo. Y la América del Sur tendrá que agradecer este primer triunfo colectivo á Buenos Aires, que ya empieza á ejercer una justa hegemonía intelectual sobre el resto del continente.

MANUEL UGARTE.

Venus burguesa

Para APOLO.

Su falda suave, rozando
La baranda de un balcón,
Una joven, suspirando,
Los pétalos va arrancando
A un crisantemo nipón

Y como deidad gloriosa
Por un cuento de Rubén,
Los va guardando orgullosa
En una cajita hermosa,
Como un diminuto edén.

Su mirada está pendiente
En algo ignoto y solaz,
Pues no repara el hiriente
Resplandor de Febo ardiente,
Que nimba de oro su faz

Ni advierte en unos claveles,
Que sonriendo en un jarrón
Exhalan voluptas mieles,
Que llegan á sus vergeles
Como heraldos de pasión.

Ni repara que la brisa,
Fresca, lozana, sutíl,
Juguetona se desliza,
Por la plegada camisa
De su alabastro gentíl...

Nadie consigue sacarla
De su alígero soñar,
Ni el rayo que fué á nimbarla,
Ni la flor que va á sahumarla,
Ni la brisa en su pasar!

Qué aspavientos de grandeza
Prodiga su corazón?
Fingirá ser la princesa
Que derrochando belleza
Cruza un gótico salón?

O soñará con las gemas
De Golconda y de Ceilán,
O con las estratagemas
Que en eróticos poemas
Le cuente un bardo galán?...

No absorben su fantasía
Sortilegios de marfil,
Es joven, rica, Harmonía
Rimó su excelsa poesía
En su todo juvenil.

Y su áurea falda, rozando
La baranda del balcón,
Sigue absorta, suspirando,
Los pétalos arrancando
Al crisantemo nipón!

OVIDIO M. BARRANCOS.

Chivilcoy, (R. A.)

Aurelio del Mebrón

AUTOR DE «DOMUS AUREA»

Lápidas

Para Manuel Pérez y Curis, de Montevideo, como una reminiscencia y como un símbolo.

En el alba

Alba primaveral: una fontana
rumorea, un jardín hace eclosiones
y un jilguero esmelita sus canciones
vierte tras el cristal de tu ventana.

Es tibia y odorante la mañana;
se estremecen de amor los corazones
y yo siento tremar mis ilusiones
porque esperan que entreabras tu ventana.

Pero, por qué no sales, dulce hermana,
á mirar como rompen los botones
su prisión y á mirar mis ilusiones
que te aguardan mañana tras mañana?
Ya la aurora se fué y por tus traiciones
mis ensueños murieron, dulce hermana.

En el crepúsculo

Un paisaje de mar: en lontananza
el sol, amortajado en los alcores,
muere. Ya en los estratos no hay colores
y ya la noche silenciosa avanza.

Un paisaje de mar: en cuanto alcanza
mi pupila á mirar, sólo hay dolores,
dolores, por la ausencia de calores,
que huyeron con el sol por lontananza.

Ya mis ojos no tienen esperanza
de encontrarte, oh ilusión de mis amores!
Ya murieron mis pájaros, mis flores
muertas también están por tu tardanza:
oh ilusión de mi vida!, en los alcores
murió el sol, y en mi pecho la esperanza.

En el conticinio

La luna en el cenit: noche de estío
nemorosa y ardiente. En la pradera
cierne su cabezal una palmera
mientras solloza en la hondonada un río.

La luna en el cenit: Como un navío,
del cielo por la vasta sementera,
boga una nube rápida y ligera
en esta noche cálida de estío.

Dondequiera hay calor, ensueño mío,
dondequiera hay ventura, dondequiera
se ve felicidad en la pradera:
sólo en mi corazón hay mucho frío,
y solloza mi alma que te espera
como solloza en la hondonada el río.

En otro crepúsculo

Honda desolación: del campanario,
como lánguidas notas de salterio,
difundiendo su fúnebre misterio
las campanas congregan al rosario.

Honda desolación: del milenario
alcázar de la muerte — el cementerio —
surge un anciano encanecido, serio,
que es sin duda el guardián de aquel san
[tuario.

Me atrevo á preguntarle si al osario
no han llevado tu cuerpo, y con imperio
me responde el fatal livitinario:
— No turbes de estos campos el misterio:
aun vive, pero su alma, es un osario,
y tú duermes en ese cementerio.

Otoño de 1907. — México.

En mis meditaciones

Oh corazón infiel; por qué viniste
á envenenar mi plácida existencia?
si sabías que te amaba con vehemencia,
oh corazón infiel; para qué huiste?

Desde el alba invernal en que partiste
negándole á mi vida tu clemencia
mi alma está, desgarrada por tu ausencia,
inmensamente acongojada y triste.

La pluma á describirlo se resiste
pero es más que mi orgullo la dolencia
que me causa el rigor de tu inclemencia;
y estoy triste, ilusión, estoy muy triste!...
si no habías de tardar: por qué viniste
á envenenar mi plácida existencia?

FRANCISCO CÉSAR MORALES.

Vida

El crimen voluptuoso

Para Apolo.

«Es una obsesión que me persigue, que no déjame reposo. No es, propiamente, un deseo sexual lo que me atrae hacia ella. No. Es algo más intenso, más enorme y monstruoso que no puedo ni explicármelo. Son extravagantes delirios, ansias febriles de voluptuosidades hondas é indefinidas, que me abrasan las sienes, sécanme los labios y hacen correr por mi epidermis violentos calofríos que se tornan luego en apagadas y tibias sensaciones, como una onda acariciante que corriera por mis nervios enardeciéndome la sangre.

Noche á noche espero la hora en que ella duerme. No plego los ojos pensando con cierta voluptuosa sutilidad, en *esto*. Muchas veces me he levantado, al amanecer, y de puntillas, cautelosamente como un ladrón, me he arrastrado por la alfombra, para acercarme á su lecho . . . Sin embargo, algo me contiene Un lijero rumor, venido quién sabe de dónde, me ha asustado, casi helándome He sentido angustiosas palpitaciones. Un sudor frío ha corrido por mis sienes, y en mi cabeza, los cabellos como multitud de agujas, hánse clavado en mi cráneo . . ¡Cuánto tiempo ha durado mi incertidumbre, mi dolorosa agonía? Un minuto, un año, millones de siglos.

He vuelto á mi cama. Me he arrojado de bruces, mordiendo las sábanas, ahogando mi dolor entre las plumas del edredón. Luego me he puesto á sollozar, como un imbécil.

Anoche, las tinieblas invadían el dormitorio. Al través de esas tinieblas yo veía claramente sombras pálidas que pasaban inclinadas ante mí. Luego, un largo desfile de visiones, blancas mujeres que estiraban sus cuellos, sus cuellos tentadores, que tomaban las proporciones de extrañas serpientes

Calladamente me levanté y acerquéme á su cama Mi amada dormía ¡Qué bella estaba! Acerqué mi boca á sus labios, y bebí con fruición todo el ardoroso chorro de su hálito. Contemplé su cuello — ah! su cuello! — albo como tallado en espumas, sus pequeños senos que erectaban como dos alas encarrujadas de cisnes en reposo. ¡Estaba tan bella! Sentí en mis manos el obsesionante cosquilleo de tocarla, de magullar su carne blanca, azulosa, de hundir en su mórbida garganta mis trémulos dedos, como agudas garras Ah! Con qué delicia rasgaría su carne, sentiría el gluglu de su sangre, al estallar!

Sí . . Es un agudísimo deleite, una sensación voluptuosa rara y honda . . . Mis dedos, hundidos entre la grácil curva de sus senos, resbalan con cierto goce inefable Hasta el aire parece impregnarse en enervantes efluvios de raras plantas de Arabia . .

De pronto, lanzó un lijero grito. Entreabrió un tanto los párpados, volvió su cuerpo al lado contrario, y continuó durmiendo . . . Un bulto grisáceo, sedoso, un pequeño fant sma, se alzó en el lecho, y empezó á mirarme con ojos fosforescentes de brillar ígneo . . . Ah! Es « Rip », su gata « Rip »! Maldito animal! Los ojos de la gata se fijaban en mí con escrutadora fijeza, impenetrables, acusadores, inflexibles, como dos grandes y líquidos topacios. Toméla con rabia, y entre la tenaza de mis dedos, la estrangulé.

—

¿Qué me dijeron sus ojos? No lo sé Pero es lo cierto que cuando al día siguiente mi querida, entre hon-

dos sollozos, presentóme la cabeza dislocada del animal, yo volví á ver sus ojos fijos en mí con imperturbable fiereza, como una mada acusación, y sentíme horrorizado, tuve miedo de algo siniestro y macabro, y por mis ojos pasó la visión de una ergástula, de un patíbulo erijido allá, en los terrenos malditos sin sol y sin riego . .

Y, sin pretexto aparente, eché á mi querida á la calle, y mientras la pobre sollozaba de rodillas á mis pies, pidiéndome que no la abandonara á ella que me amaba como un perro, yo protestaba interiormente de mi destino que me obligaba á arrojar al arroyo á la mujer amada, para no matarla . .

Y sin embargo, doctor, no soy un asesino . . . ! — concluyó.

El doctor calóse los lentes de cristal, tosió un momento y le miró perplejo.

A su frente, en la suave penumbra del estudio, un Hipócrates parecía hacer muecas, sonriendo despreciativamente con su fría sonrisa de mármol, desde el alto solio de su pedestal Luis XV.

Y hasta una mosca irreverente había ido á detenerse en la nariz de un evanjélico Pasteur, tranquilo, apacible, cierto de la simpleza de los hombres, á quienes había disecado también, junto á la redoma de sus experimentos patójenos, en su laboratorio de cerebros fósiles y de virus intoxicantes.

— Qué me dice usted, doctor ? — exclamó el consultante. — ¿ Qué remedio podrá darme usted ? . . .

— ¿ Remedio ? — contestó el médico con un gesto de abatimiento, mirando sombríamente los librotes de su estante. — ¿ El remedio ? . . . ¡ El remedio se lo darán á usted en el Manicomio !

LUIS ROBERTO BOZA.

Santiago de Chile, 1908.

La Musa del prisionero

Para APOLO.

Arias tristes

Arias tristes mis rondeles
Son, y los tristes momentos
Que aquí vivo son tormentos
Que me atormentan crueles.

Huyen, amigos infieles,
De mi lado los contentos,
Y sólo beben, sedientos,
Mis labios amargas hieles.

¡ Ay ! En mi cárcel sombría
Si de tu boca las mieles
Yo libara, vida mía,

En primorosos joyeles
De una rica pedrería
Se trocaran mis rondeles !

Cárcere duro

Tiene esta cárcel obscura,
Como un círculo dantesco,
Un « patio » tintamarresco
De miseria y desventura.

Aquí, con vicio en hartura,
Hay un reposo chinesco
Y un saltar funambulesco
A la muerte ó la locura.

Dice el Dolor sus ardientes
Frases, punzantes é hirientes,
En los hijos del Delito,

Y de la Noche más largas
Son sus horas, más amargas
Si alza su conciencia el grito.

ADRIANO M. AGUIAR.

Muerte Blanca

Para Apolo.

Morías como un pájaro en su nido,
en tu trono emoliente de escarlata;
tus dedos picoteaban al descuido
la fresa que asomaba entre la bata . . .

A ratos delirabas la sonata
que te inspiró un amor desvanecido
y, oh, Suma Gloria, con la aurora beata
se abrió á tus ojos un Edén florido.

Plegóse en suavidades de paloma
tu honda mirada. Un religioso aroma
fluyó del alma entre los labios flojos . . .

Y florecieron bajo tus pupilas,
como sonrisas muertas de tus ojos,
dos diminutos pensamientos lilas ! . . .

Julio Herrera y Reissig.

Montevideo, «Torre de los Panoramas».

Pequeñez

A madame Clémence Malaurie. — En Buenos Aires.

Para Apolo.

Allá un jardín de luz que exorna el cielo,
un jardín de jacintos y topacios,
contemplo en esas noches de desvelo,
y va mi pensamiento en raudo vuelo
como águila que se hunde en los espacios,
y escucho lo que dicen las estrellas,
que así exclaman : — Inútil es tu empeño,
oculta tu dolor y las querellas
y ahoga en tu garganta aquese grito !

¡ Molécula del Cosmos !
¡ Cuán pequeño
eres !, — me dicen con piedad los astros
en su lenguaje de sidéreos rastros,
y torno á mi rincón del Infinito,
oculta entre mis brazos la cabeza,
y caigo y me sepulto en la tristeza
como si fuera un satanás proscrito . . . !

Lisímaco Chavarría.

María H. Sabbia y Oribe

Nuestro castellano y el modernismo

Para Apolo. *A José Enrique Rodó*

No tanto como haber nacido un nuevo idioma Todavía no tanto como necesitar los de acá poner lindero en el término del español que escribimos, para destacar más claramente una querida y pintoresca propiedad. Ya nos distinguimos pero aun no es tiempo de, ni conviene fijar fronteras.

Estado tal debe complacernos porque en nada desvirtúa una agradable fraternidad con los hijos de la distinguida abuela España que nos legó al menos un ligero donaire y un algo de gracia caballeresca

Es indudable que entre los dorados ensueños del espíritu americano figura la posesión de un lenguaje tan suntuoso y tan peculiar como nuestra flora. Acaso es la más estimable de mis esperanzas ésta de que la actual juventud literaria pueda realizar ese ofrecimiento precioso en honor de nuestra querida América y del intelecto universal.

Tan acertadamente orientado, el castellano en el Nuevo Mundo efectúa una evolución discreta pero evidente, lenta pero contínua, que llenará de satisfacción á quien se detenga siquiera sea con brevedad á considerarla. De todas partes muchas buenas voluntades concurren para asistirla y sostenerla; y que en algunas comarcas el interés sea menos vivo ó el espíritu más estacionario, no será obstante á la marcha de ella ni al acercamiento de una época más feliz, pues lo que demoren los unos lo adelantarán con gusto los otros.

Prescindamos de pensar en uno ó más «neoespañoles». No se llegará en mucho tiempo á contar tantos castellanos como regiones que lo hablen, no. Hay sí una gran atención fija en que el castellano de América se independiza y enriquece. Blanco Fombona estuvo en lo cierto al decir que tiene más combinaciones, que su vocabulario es más extenso Y ya será cuestión de suerte si llega á tener mayor ligereza, frescura y virtualidad en una que en otra zona

Conservando cuanto merece conservarse, resucitando lo que no ha debido morir, combinando, introduciendo, creando, presenta el castellano con el nombre de «modernista» la más interesante y grata de las evoluciones. El espíritu la impone y han de verificarse milagros de expresividad para que las exteriorizaciones puedan cumplirse con toda pureza. Nuestra verbalidad tiene cada día nuevas y más bellas exigencias á que atender porque el alma no cesa de combinar sutiles complicaciones, y es preciso decir el romance maravilloso, la novela florida de las almas.

Considero la solicitud colombiana en pro del modernismo como la principal y más valiente. Mas, si por esto habéis de mirarme un instante serios, queridos vecinos, la llamaré una de las mayores. Hay consagración amical, frecuencia religiosa atentas al florecimiento del idioma; están interesados en aquella quienes lo disfrutan hablando y leyendo; en la otra lo está particularmente cada un apasionado del arte que gusta de pensar y escribir. Hay cada día mayor afán por la belleza exterior, por la elocuencia peculiar de toda palabra; nos cuidamos de las disposiciones especiales que producen diversos efectos sonoros porque acaso tenemos muy al alcance la idea subyacente de que el tiempo altera la sonoridad Así nacen la actitud y el propósito del que para expresar algo valioso qne ha pensado y sentido emprende en una orquestacióu verbal dotada de exquisita virtuosidad exterior, pero también y más que todo plena de una virtud profunda y esencial

Nuestro castellano tiene á veces ligereza parlante de agua que corre y á veces lentitudes de fantasía; espiraliza para beneficiar la integridad del concepto, ó tiene rectitud y agudez de flecha que se lanza á la altura. Nues-

tro castellano tiene inquietud y gracia, es ingenioso y perseverante Y presenta, al aparecer la luz de cada entusiasmo, cabrilleo de piedras preciosas, porque es idioma de «sunrise» y de sonrisa

Alguna vez miramos á esta gran llanura que recibe todas las mañanas un bautismo de suave oro y mantiene sobre ella un silencio selemne que pide nuestra condolencia por siglos difuntos; hay entonces que pensar en el advenimiento de las palabras propicias á cuanta fábula queda por laborar sobre historias y tradiciones de aquellas tribus florecientes, apasionadas por el amor y la guerra, enfermas de superstición y de fantaseos. anonadadas en la serie de tragedias que inició la conquista. Es preciso que para esas fábulas nuestro decir esté un poco alucinado por el espírítu del sol..

Y cuando lo que nos ha movido á escribir es un amarilloso folio de archivo, escrupulosamente garrapateado con pluma de ave y tinta castaña, ó una efigie de virrey casacón rojo, peluca gris, oblícua mirada — ó una abuela prócer, ó una dama de crinolina y filigranados pendientes, elegimos un modo claroscuro, con marchiteces, con misterio, con religiosidad y con ingenuismo, con olor de manzana y ritmo de contradanza, ya que emprendemos un recordar hacia los días de la candorosa Santa Fe.

Si solicitamos igualmente para referirnos á cada ciclo de pasado cuanto valioso y oportuno del lenguaje hayamos menester, para decir la vida de estos tiempos obtenemos de él no menos gratas y frecuentes generosidades; aquel dijo del amor con armónica delicadeza; alguien otro enseñó la paz en discurrir pausado, pleno de serenidad; encareció este la guerra y en el entusiasta llamamiento el idioma crepita. Podemos decir que en la vida actual á cada día corresponde un hallazgo y si ella va tornándose más prolija en sutilezas é impresiones, el idioma concibe nuevos primores y eficacias; por cada complicación aparece un imprevisto matiz y al pie de cada idea que aun no acaba de brotar hay ya florecimiento de palabras

Ahora la poesía maravillada emprende vuelos de capricho y de felicidad, explora cada cielo, peregrina por todos los campos, se mira en todas las aguas La obra poética empieza á resultar primorosa pero sencilla y plena de alma; labor de diamantina sinceridad. La musa modernista es muy esbelta, su sonrisa y el color de su veste sutilísima varían según el ensueño; tiene cielo en los ojos, y pendiente de nn hilo de luz lleva su estrella pectoral.

Satisfecho con su tarea de autopurificación, el pensamiento americano va ejercitando cada vez mejores actividades, y el idioma paralelamente otorgando mayor obediencia Cuando aquel pensar lleva sus anhelos más allá del horizonte, este decir participa de iguales inquietudes; juntos excursionan por extranjeros ambientes lo preciso para enriquecimiento del propio. Los de aquende el mar aprovechan cuanto pueda tocarles en la contínua fiesta de influencias recíprocas. América se interesa en llegar á poseer una literatura completa y los escritores de buena voluntad ayudarán á producirla cultivando su dilección por la idea y consiguiendo siempre para ésta el mejor aderezo verbal.

Lentamente ha venido haciendo su aparición entre nosotros el modernismo que en mi leal sentir es la gracia que dimana de cada espíritu encantado por el influjo de virtudes dominadoras y virtudes obedientes, el resultado de la labor sutil y paciente de cada yo que se perfecciona satisfecho de hacerlo en obsequio de los demás; una grata amplitud en la hospitalidad del espíritu; el gran tesoro á donde concurre cada fortuna de hermosos pensamientos ricamente exteriorizados; el incorporar uno toda su sensibilidad en la obra para más vivificarla y hacerla vibrante; una valiente iniciativa sicológica y de expresión. El modernismo es algo sencillo y magnífico, difícil de formular y difícil de seguir.... A sus nobles ejercicios están dedicadas principalmente las energías de este intelecto joven

que en el mundo de las letras y ante el devenir del idioma vive con entusiasmo su día.

¡Nuestro día! Siempre ha dado tristeza escribir estas dos palabras Me parece que oigo leer: «Y sucedió una vez, por los tiempos del modernismo, que.. »

No tan allá, querido Gómez Carrillo, como haber nacido un nuevo idioma; prospera sí de manera imprevista y llama la atención éste que fué trasplantado Tan lentamente realiza el tiempo sus trasformaciones, que sería imposible fijar el nacimiento de una lengua. De ayer venimos, el germen de mañana está en nosotros y parece que la voz del profeta siempre dice al amanecer: hay mil senderos desconocidos y mil tierras de salud ocultas; el hombre y la tierra de los hombres están por doscubrir y por agotar.

Ya pasarán muchos centenares de años y en lugar de esta lengua, indivisible al parecer de algunos, y cuya prosperidad ahora nos regocija, se hablarán bajo el cielo del Nuevo Mundo varias otras, acerca de cuya inalterabilidad es posible que tendrán fé las gentes respectivas.

Bogotá, Octubre 1.º de 1907.

ALBERTO SÁNCHEZ.

Noche opalina

Para APOLO.

Llegaste con el paso exquisitamente leve,
Trayendo en tus pupilas una aurora boreal
Y en las nobles arrugas de tu zapato leve
Vagaba una galante inclinación ducal.

Tu rostro dulce y pálido como una flor de nieve
Tenía la nobleza de tu gesto habitual;
Llovías tus reflejos, como sus luces llueve,
Sobre una blanca alfombra la araña de cristal.

Tal, y sorprendidos en un éxtasis furtivo
Nuestras almas, esplendiendo en amor primitivo
Gozaban de su fiesta, lest motivo augural.

Mientras en la alta nave de la noche silente
Rondaban las estrellas á la luna esplendente
Como áureas mariposas de una lámpara astral.

VÍCTOR BONIFACINO.

No tuvo luz ni flor...

Para Apolo.

Enero tiembla y se amortaja en nieve;
Febrero ríe la mundial parodia;
Madura Marzo y á la vez salmodia;
Lirios Abril sobre los prados llueve.

Mayo el imperio de la flor encumbra;
Dispone Junio la estival cosecha;
Enciende Julio al sol su roja flecha;
Agosto abrasador, quema y deslumbra.

Septiembre cruza en brava sacudida;
Amarillea tristemente Octubre;
Noviembre de hojas los senderos cubre;
Y Diciembre se va como una vida . .

Rosas con lluvias; claridad con frío . . .
¡ No tuvo luz ni flor el año mío !

Manuel S. Pichardo.

Octubre 31.

M. Salvador Ulloa

La lucha del estilo

¡Qué portentosa transformación la de las palabras, mansas, inertes, en el rebaño del estilo vulgar, cuando las convoca y las manda el alma del artista! . Desde el momento en que queréis hacer un arte, arte corpóreo y musical, de la expresión, hundís en ella un acicate que subleva todos sus ímpetus rebeldes La palabra, ser vivo y voluntarioso, os mira entonces desde los puntos de la pluma, que la muerde para sujetarla; disputa con vosotros, os obliga á que la afrontéis, tiene un alma y una fisonomía. Descubriéndoos, en su rebelión, todo su contenido íntimo, os impone á menudo que le devolváis la libertad que habéis querido arrebatarle, para que convoquéis á otra, que llega huraña y esquiva, al yugo de acero Y veces hay en que la pelea con esos monstruos minúsculos os exalta y fatiga, como una desesperada contienda por la fortuna y el honor Todas las voluptuosídades heroicas caben en esa lucha ignorada Sentís alternativamente la embriaguez del vencedor, las ansias del medroso, la exaltación iracunda del herido. Comprendéis, ante la docilidad de una frase que cae subyugada á vuestros pies, el clamoreo salvaje del triunfo Sabéis, cuando la forma apenas asida se os escapa, cómo es que la angustia del desfallecimiento embarga al corazón. Vibra todo vuestro organismo como la tierra estremecida por la fragorosa palpitación de la batalla Como en el campo donde la lucha fué, quedan después las señales del fuego que ha pasado, en vuestra imaginación y vuestros nervios Dejáis en las ennegrecidas páginas algo de vuestras entrañas y de vuestra vida... ¿Qué vale, al lado de esto, la contentadiza espontaneidad del que no opone á la afluencia de la frase incolora, inexpresiva, ninguna resistencia propia; ninguna altiva terquedad á la rebelión de la palabra que se niega á dar de sí el alma y el color? Porque la lucha del estilo no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico, que ajusta penosamente, en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma. Eso sería comparar una partida de ajedrez con un combate en que corre la sangre y se disputa un imperio La lucha del estílo es una epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro ser Los poemas de la guerra no nos hablan de más soberbias energías ni de más crueles encarnizamientos, ni en la victoría de más altos y divinos júbilos.. ¡Oh, Ilíada formidable y hermosa, Ilíada del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como del heroísmo y de la sangre de los combates verdaderos! Alguna vez has debido ser escrita para que, narrada por uno de los que te llevaron en sí mismos, durase en tí el testimonio de algunas de las más conmovedoras emociones humanas. Y tu Homero pudo ser Gustavo Flaubert.

Montevideo.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

De "Cantos de juventud" (1)

A Vicente Medina.

Mi canción

Si yo canto es porque tengo dentro el alma una gran lira;
Si yo canto es porque sufro, porque yo no sé llorar;
Porque yo soy flor y ave, luz, color, incienso y pira,
Yo soy todo un Universo, vida: cielo, tierra y mar!

Mis estrofas son piquetas que destruyen la Mentira;
Mis estrofas á los odios les incendian el altar;
¡Son pedazos de conciencia que estallan toda su ira!
¡Son las voces de mi orgullo, que no se pueden callar!

En mi canto hay el dualismo del amor y del desprecio,
Todo es alma, todo es vida, todo es noble, todo es recio:
Es mi heroica marsellesa que conmigo morirá!

Pero á veces pienso triste en mi cansancio de atleta
Que la loca fantasía de mi sueño de poeta
Es un águila que vuela sin saber á donde va!

¿Qué quiero?

Quiero llamar á mi lado con el toque de mis versos
A mis hermanos que huyen, para no volver, quizás;
¡Si cuando ruge el tirano los pueblos se van dispersos,
Cuanto les canta el poeta, los pueblos vuelven atrás!

Quiero con mis grandes alas cruzar espacios diversos,
Cantar con mi lira al Mundo, dejando al Mundo detrás;
Mas ver no puede mi orgullo, á sus pies los Universos:
¡Mi corazón es del pueblo y no lo deja jamás!

Quiero buscarle á mi numen ese fuego que ilumina,
Haciendo surgir mi alma, roja, exaltada y divina,
Como una Roma hecha incendio para que cante Nerón;

Quiero que mi augusta lira se desborde y se arrebate
Y enseñe que en mi soberbia tengo en medio del combate
El alma de Víctor Hugo y el brazo de Napoleón!

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

Montevideo.

(1) Libro à publicarse.

El país que se ama

Para Apolo.

X

Lentamente, sobre la heráldica y azulada plata, veía Roberto aparecer las líneas de los edificios lejanos, destacarse los escorzos de las torres, de las cúpulas, de las agujas, que á la distancia adquirían la negrura y el relieve de teatra es y fantasmagóricos paisajes. En indecisas y anaranjadas tonalidades, se fué diluyendo, esfumando el primitivo tono, y con un levísimo matíz amarillento, surgían ahora las líneas seguras de los detalles arquitectónicos, sobre aquella flotante vaporización de oro que se elevaba abarcando medio arco.

Sobre el globo solitario de un templo, aumentaba la creciente, ascendente lluvia luminosa, y en aquella claridad que se extendía, dilatándose por la bruñida superficie de toda la bóveda, apareció la luna, enorme, sangrienta, menguante, cortándose dos veces en la línea negra de la torre y en la esfera de la cúpula, en cuyos ventanales la siguió Roberto con otro matiz rojizo, surcada toda ella, como un blasón fantástico, por las leyendas y las cruces de los vidrios historiados.

La claridad de la noche purísima propiciaba la melancolía de su alma, impulsándola de nuevo al goce solitario de los ensueños taciturnos.

Toda la leyenda del estío, toda la superchería de la mañana ingenua, esfumádose había en las volutas del presente encanto, como aquel astro enorme, sangriento, ilusorio, que se diluía, en su lenta y estelar ascensión, en una lluvia tenuísima de plata, hasta tomar el tamaño y el color comunes en la primitiva tersura de los cielos diarios

Con singular é irresistible fuerza, como los ritmos prolongados del momento lírico, le atraía otra vez la encantadora, la todopudiente, y en el caminar fatigoso del paseo nocturno, alzaba los ojos á la estrellada bóveda, con la unción fervorosa y nostálgica de los místicos agradecidos. Parecíale vivir una existencia nueva,sentir, como en las lúcidas fascinaciones, la conjunción de su alma con el misterio ensoñador de la noche plácida, y una vez que, sobre el arco luminoso, cruzó la estela fugitiva y áurea de un meteoro, le pareció revivir las noches indiferentes de la infancia, contar las horas, sin el suplicio del tiempo y el espacio, en la inconsciencia del reposo y el silencio

La misma sensualidad de su temperamento cada vez mas femenino, yacía sepultada en la serena tristeza, en la humana añoranza de la noche favorable; y la figura de la dolorosa aparecíasele como una intangible, diáfana visión, como los cuerpos de esas criaturas núbiles, anémicas, por las que sólo se siente una inquietante ternura, un deseo imperioso de prolongarles la decadente vida. Comprendía la intensa tortura de la trágica al rememorar, en el súbito silencio de la sala armoniosa, aquella poesía tan evocadora, tan melancólica, que tan carnales recuerdos, tan íntimas remembranzas tenía para entrambos; y él mismo, en la dura soledad, pensaba en el dilalacerante martirio que hubieran de experimentar los sentidos de la mujer en los estériles abrazos de los ensueños que agobian, el fuego de la frase, toda la vida que fué, toda la vida que será».

Apresuró el paso, inquieto como en las noches de la playa. Unos trasnochadores tarareaban, á lo lejos, una romanza italiana, y el eco de aquellas voces juveniles, que cantaban al amor y al futuro, llegaba hasta él rítmicamente suave, como el murmullo de los violines y los violoncelos, sobre el silencio de los bronces, en la hora crepuscular lontana y fugitiva

Cuando estuvo eu el estudio, ilu-

minado solamente por la llama moribunda de la estufa, experimentó un nuevo placer, una inerte delicia, que le hizo pensar nuevamente, con los ojos aún deslumbrados, en las noches remotísimas de la infancia, en los fuegos de las madrugadas que anunciaran por la primera vez un cercano é inesperado viaje.

Atizó el fuego, y el calor de las brasas revividas, sentado ya en la butaca favorita, le aumentó aquella infantil bienandanza, la inefable alegría del nirvaná espiritual que él hubiera deseado prolongar infinitamente, dilatarlo hasta el punto de perder la noción del tiempo, de las horas eternas y fugaces.

La ardiente caricia de la llama que cobraba, en tonalidades rojizas, sobre el fondo negro de la chimenea, las volutas, los giros, los caprichos, las sinuosidades, todas las formas raras y cambiantes de la vida del fuego, le producía ahora una nueva voluptuosidad, otro goce no experimentado jamás, en el cual aquellas lenguas ígneas, que se elevaban, se recogían, se apagaban para encenderse en súbitas explosiones, parecían hablarle un idioma misteriosameute cognoscible, tomar, bajo el influjo de sus miradas animadoras, los lineamientos laberínticos, ambiguos como cabelleras de monstruosas divinidades, de ciertos dibujos rafaelitas ó simbólicos.

Habíase recogido sobre su cintura, los codos sobre los muslos, las manos, abiertas y amplias, sobre las sienes, fijas las pupilas en el fuego devorador, atraído por un pensamiento aún obscuro, velado, informal, que debía ser á poco, en el trabajo paciente de su inteligencia ejercitada, una lúcida, perfecta y luminosa idea.

Las lenguas devorantes, insaciables, parecían aumentar, en el magno silencio, sus ígneos jeroglíficos, atraerle más aún con sus formas satánicas, que, á veces, en las volutas, en las perezosas espirales, en los cortos desfallecimientos, cobraba el marino blanco azulado de los ópalos.

— «Sería mi literario sacrificio, — se dijo, absorto en el juego ahora crepitante de las llamas; sería como una expiación votiva, realizada en la hora en que la amante, en la supina actitud de algun ensueño, debe sentir, como el ritmo de una música cercana, un canto de vida y esperanza.

Sería también la anunciación, en la caricia del fuego, de una vida nueva, en la cual el pasado resurgiría sólo un instante, flotaría un segundo, como el humo primitivo de la llama».

Se había puesto de pie, y la sombra alargada de su cuerpo, sobre los dibujos de los gobelinos, en el carmín obscurecido de la tela auténtica, resaltaba con el escorzo y el relieve de los forjadores del hierro, como las ciclópeas figuras acrecidas y desfiguradas por el fuego eterno de las fraguas.

En la sombra, con su mano experta de bibliófilo, había tomado el libro, cuyas iniciales, en la carátula de blando pergamino, había palpado en la presión de sus dedos inquietos, — aquellas mayúsculas que en las vitrinas de París, habían pregonado la gloria de una tierra ingrata, aquella otra hechicería del país nuevo, desflorado ya, caduco y decrépito como un viejo país.

Otra vez, en la luz rojiza, contempló con curiosidad, con extrañeza casi, aquella tapa novedosa, donde las iniciales del título, — «Hacia la tierra», — de un rojo encendido sobre plata antigua, de sinuosos detalles, vivas y lucientes, recordaban los mitos fabulosos en los rancios escudos medioevales.

Estrujaba aquella pasta blandísima, y la presión de los pulgares, como en las carnes mórbidas, sombreaba en dos puntos, deslustrándolo, el argento del plano.

Con insinuante curiosidad de maniático, buscó la primera página; y aquellas formas nuevas sobre arcaico pergamino, la enseña desafiante, vanidosa, americana, le parecieron de una clara y burguesa perfección, como las letras comunes que en la última página, resurgida ahora, habían profetizado la

desilusión, la desesperanza de su restante vida.

Eran toda su historia, toda la episódica volubilidad de su existencia, aquellos dos lemas estampados sobre la primera y la última página de su libro; toda su vida, toda su infecunda vida, aquellas mayúsculas del artístico breviario, que decían, como en la existencia real, el supremo encanto, que en París había sido la bohemia y en el villorrio la supercheria del estío, y la suprema desesperanza, que había sido en la aldea una tarde gris y sería en la Villa amada un mortal, un melancólico amor.

Con mano segura, en el primer movimiento de sus calmas repentinas, arrojó al fuego el libro, sobre el rectángulo sombrío, se recogieron un instante, se elevaron, crepitando en una lluvia de chispas, las lenguas devorantes.

Otra vez, en la primitiva inmovilidad, con las pupilas tenaces, seguía las caricias ardientes, amorosas, del fuego insaciable; y entre las llamas, súbitamente quietas, de un azulado tornasol, contempló un largo rato las mayúsculas que, sobre el argento aun intacto, refulgían vivas, como las lenguas tímidas que se habían abatido bajo el peso del libro parisién

Se consumía lentamente, lentamente, el ejemplar enemigo, sin que aquella carátula, que todo lo decía, dejase de relucir en la misteriosa calma de los haces; sin que aquellas letras sinuosas, ondulantes como cabelleras divinas, dejaran de brillar, de vivir; en el flotante y luminoso polvo. Era un raro suplicio, un refinado martirio, una asiática tortura, aquella lenta destrucción, en el trabajo oculto del fuego, aquel beso interminable de las llamas que consumían la inscripción francesa de la página claudicante, que hacían arquearse, en una comba suave que dió otro brillo al rojo de las letras y al argento del plano, aquella cubierta aún evocadora, aún artística, aún viviente.

No apartaba las pupilas de aquella mancha todavía decisa, segura; pero veía ya, estremecido, poseído á su vez del goce humano de la destrucción, del instintivo y bárbaro deleite, aumentar aquella dulce comba, encogerse, dilatarse, estremecerse, temblar como una carne de mujer, aquella pasta blanda donde creía ver aún, en la plata que se obscurecía, las señales impresas de sus dedos impacientes

—« Es natural que sean las mayúsculas, las inspiradoras, las que más resistan el fuego que destruye, el fuego que borra. »

Se dijo, viendo como se elevaban, en el agónico desfallecimiento de la curva, aquellas letras que iban a refulgir desesperadamente en el largo y ardiente paroxismo.

— « Es necesario que contemple hasta el postrer instante, hasta el postrer segundo, la vida resistente del libro fatal ». — Y dicho esto, aguzó más las pupilas para seguir aquellas líneas ahumadas, aquellas manchas rojizas, cambiantes, que anunciaban, en la plata y el carmín heráldicos, la proximidad de la destructora, de la intacta, de la eterna

En el último estertor, la comba suave, femenina, se contrajo como en un pliegue doloroso, se plegó sobre las páginas negras, carbonizadas, mudas y el humo de la llama paciente, felina, obscureció del todo el viejo y nocturno argento.

— « Quiero ver aún, quiero seguir la conjunción de la vida y de la muerte ».

Volvió á decirse; y como aguzara aún más las pupilas, en la violencia del salvaje instinto, contempló atónito, poseído de un súbito y vago temor, de una religiosa superstición, aquellas mayúsculas simbólicas que resurgían de un color blanquizco, de una brillantez indefinible, de un diabólico relieve, sobre el negro deslustrado, rugoso, deforme, de la enemiga carátula muerta

JOSÉ L. GOMENSORO.

Lira Americana

I

¿Versos autobiográficos? Allí están mis canciones,
allí están mis poemas. Yo, como las naciones
venturosas, y á ejemplo de la mujer honrada,
no tengo historia. ¡Nunca me ha sucedido nada,
oh, noble amigo ignoto, que pudiera contarte!

Allá en mis años mozos, adiviné del arte
l'armonía y el ritmo, caros al Musageta,
y, pudiendo ser rico, preferí ser poeta.
—¿Y después?
—He sufrido como todos y he amado...
—¿Mucho?
—¡Lo suficiente para ser perdonado!

II

¿Que quién soy? Un lobezno de la nodriza bruta
de los Dioscuros: mi almo perfil y los anales
de mi solar lo cuentan, y hay en mi faz enjuta
las palideces de los olivos provenzales.

Nací con un gran beso de amor entre la ardiente
boca, y un grande anhelo de gloria en l'alma esclava,
y llevo diez leyendas en mi brumosa frente,
con otras diez leyendas en mi melena brava.

III

¿Que cómo soy? Mudable, fugaz. Las nubes rojas
del orto, más que mi alma, conservan su vestido.
Yo tengo la impaciencia perenne de las hojas,
mi amor inseparable, gemelo es de mi olvido.

Mi mente es un espejo rebelde á toda huella,
mi anhelo es una pluma funámbula, donaire

del viento. El aerolito que cae, esa es mi estrella.
Mis goces y mis penas son trazos en el aire.

El ansia del misterio me agita y desespera:
jinete en mis pegasos ó nauta en mi galera,
corriendo voy tras todo señuelo que lo finge.
Mi hermana la cigüeña me ha visto donde quiera
que el rojo sol proyecta la mitra de la esfinge.

Amo unos ojos, mientras que su matiz ignoro,
amo una boca, mientras no escucho sus acentos.
¡Jamás pregunto el nombre de la mujer que adoro,
del césar por quien lucho, del dios á quien imploro,
del puerto á donde bogo, ni el rumbo de los vientos!

Criatura fugitiva, que cruza el mundo vano,
temiendo que la alforja sus éxodos impida,
ni traje amor ni llevo, y así voy al arcano,
lanzando, con un gesto de sembrador, el grano
fecundo de mis versos al surco de mi vida...

AMADO NERVO.

El otro encanto

Comedia en 3 actos

Para *Apolo*.

ESCENA 2.ª DEL PRIMER ACTO

Renée y Alfredo

Alfredo: joven de 25 á 30 años: moreno, culto, nervioso y elegante.

RENÉE — (Cohibida — Ah! . . . ¡es usted, doctor Aubriot!

ALFREDO — (Saludando) Buenos días, señora.

RENÉE — Bienvenido. A punto, señor Aubriot. He hablado con Tomás. nuestro jardinero. . sobre... ya no recuerdo! . . qué memoria la mía! . . . ah! sí, sí . . . sobre el Amor. ¿Sería usted tan amable en desvanecer mis dudas respecto á algunas preguntas? . . .

ALFREDO — (Sonríe) — Nadie mejor que su esposo, señora. El señor Vrigny, es hombre de talento; estudia las pasiones humanas, y sobre todo conoce íntimamente á usted.

RENÉE — (Temerosa, — Ah! amigo mío Mi esposo se ocupa de sus novelas, como mi jardinero de su jardín. Los dos aman sus cosas respectivamente.

ALFREDO — (Sonriendo) — Señora, no hable usted así El señor Vrigny, su esposo y mi amigo, es un ser priviligiado. La naturaleza le donó de la facultad, sin la cual no habría la comprensión profunda de las cosas, ó lo que es lo mismo: el talento: en este caso he ahí la personalidad del novelista Quiero decirle señora que es á mi amigo Armando, á quien debe usted dirigir preguntas.

RENÉE — ¿Pero . . . no lo tomaré como un desaire? (sonríe). No es correcto lo que usted hace señor Aubriot: á una mujer no puede negársele . . ¿cómo diría? . . . nada, en fin, nada.

ALFREDO — (Sonríe) — Así lo piensan los hombres, amiga mía Cierto es que en la mayoría de los casos hacemos lo contrario de lo que pensamos. Por lo demás lejos de mi imaginación la idea, señora, del más perdonable desdén.

RENÉE — (Con alguna inquietud) — No me refiero á lo que usted dice señor Aubriot. Si solicito su opinión respecto á algunas de mis dudas es porque ellas me producen una incierta incomprensible . . . ¿cómo diría? . . . inquietud. (Con ímpetu). Pero señor Aubriot: ¿quisiera usted decirme la razón por la cual la mayoría de las mujeres, en el amor — que por mi parte concibo como la alegría de vivir — la dicha es motivo de infinitas inquietudes? O? es, amigo mío, que el amor y la tristeza son sinónimos.

ALFREDO — Le repito, señora — y no entienda usted mi insistencia como una evasiva - que esos problemas del alma, cuyos matices más vivos, y cercanos á la verdad, su esposo de usted podría penerlos en claro enteramente. No silencio sin embargo mi extrañeza de que sea usted misma señora, quién me pregunte . . .

RENÉE — (Interrumpiéndolo — Curiosidad . . curiosidad femenina.

ALFREDO . . no lo silencio porque: no comprendo su tristeza, señora. Usted tiene un esposo enamorado á quien usted encanta. Todo convida á la ternura más intensa: el mecimiento casi voluptuose de los capullos, las hojas, el aire sutil que espande los aromas. ¡Es la Naturaleza que sonríe! . . .

RENÉE — (Nerviosa) — Amigo mío, es indudable que todas estas cosas que exteriorizan tanta frescura nos envuelven al acariciarnos, en el más hondo misterio. (Suspira). ¡Ah

señor Aubriot! ¿no le parece á usted que es un contraste? ¿No acaba usted de decir que mi esposo y yo nos amamos? Y si amamos, ¿por qué no somos felices? Confío, señor Aubriot, en su amabilidad para que usted responda á estas interrogaciones. Pero no, no, no se excuse usted Yo le suplico.

ALFREDO — Me imagino, señora, que en el amor la dicha de vivir no reside en lo íntimo del ser humano, como una rosa entreabierta Quiero decir que toda la belleza del amor, no es el tiempo presente .... La dicha la forman el recuerdo, y el mañana. Amar apasionadamente, con la duda, la inquietud, el arrebato, — créame señora — es paladear con dulzura, febrilmente, aquella rosa que se entreabre . . . En una palabra: el Amor.

RENÉE — (En pié) Según usted entonces, ¿el amor no es tranquilo, sereno? (sonríe). Para usted los temperamentos ¿ no son distintos ? El modo de acariciar en el amor con la fantasía; el sentirlo; el verificarlo, ¿no es tan diverso en cada uno de nosotros como entre si los colores que componen el arco-iris . . . ? ¿Por qué—según Armando —el amor alba generosa en la frente no nos consuela, no nos concilia ¿ por qué finalmente señor Aubriot, por qué .. pero por qué, si amamos no somos felices ?

ALFREDO — ¡Por la inquietud!

RENÉE — (Vehemente) — Sabemos que amamos: tal vez, que nos aman. No veo en todo ello una ilusión en la cuál se filtre la duda de nuestras alegrías No comprendo.

ALFREDO — Por la inquietud señora, ó sea lo mismo por la Naturaleza. Sabia la Naturaleza, nos da la juventud, tierna y apacible para el goce y la expansión. Nuestro egoismal encaminado, hace que no eduquemos los sentimientos y estos en nuestra juventud llevan la vejez. En una palabra, señora: no hay encanto.

RENÉE — (Con interés) — Caballero, él ¿tiene edad determinada?

ALFREDO — Cuando decimos: amé: un año, dos, tres, nos engañamos piadosamente. Sonreimos al beso del recuerdo de aquella dicha. Las inefables horas; dos, tres, un mes, un año, no las podemos fijar Es el tiempo que pasa, ó mejor, es la vida. ¡Nos sentimos otros y con toda beatitud, confiamos en el mañana!

RENÉE — (Pensativa) — Pero el recuerdo de un amor: ¿no es amar?

ALFREDO — Si la imagen, señora, tiene la transparencia de aquella belleza, sí En cambio bastaría un grano de polvo en la pupila de aquellas ilusiones, para que en nosotros brotase un dolor instintivo que se asemeja al odio.

RENÉE — Le he oído á mi esposo que, Paul Bourget, nos dice que: «el amor no muere viviendo la obsesión» ¿y se puede olvidar señor Aubriot á una mujer á quién se ha amado ? . .

ALFREDO — Con el pensamiento, nó El pensamiento, ó en definitiva el recuerdo no agota la esencia de su encanto

RENÉE ¿Se puede olvidar el amor de una mujer ? Esa es la pregunta concreta que yo he formulado.

ALFREDO — Sonríe) — Lo sé señora, lo sé. No se puede olvidar, sí hubo en ello : afinidad electiva.

RENÉE — (Sonriendo) — De manera que cuando los hombres decís : ¡ mujer encantadora ! ¿ Por qué lo decís ?

ALFREDO — Por atracción.

RENÉE — Perdóneme usted, señor Aubriot, pero no lo entiendo bien. Si no percibís belleza en un rostro ; la mirada no os produce sutil sugerencia ; perdonadlo, pero nuestra atracción es primitiva, nada más que primitiva.

ALFREDO ¡Oh ! señora. «Para ser humano, hay que ser ineludiblemente : sensual» según la atrevida frase de un eminente francés. El amor siempre es primitivo, y ello, señora, lo confirman todas las razas que, de esa fuerza han hecho su hermosura.

RENÉE — (Sonríe) — ¡ Oh ! nó, nó, caballero. Me parece que ciertos espíritus — se lo he oído á mi esposo tantas veces — ciertos espíritus ponen en el amor algo de la imagi-

nación creadora: una imagen que caldea las sienes; una caricia; un adiós; un sueño Una imagen, — como usted lo sabe bien — no se crea en el dominio del instinto ¿Cómo se justificaría que el amor siendo un «bien fecundo, envuelva en la ola de su impulso tanta infelicidad?... ¡Oh! nó, nó, señor Aubriot. Usted se engaña.

ALFREDO — (Moviendo la cabeza) — Terminemos, señora. El amor es algo así como una alegria dolorosa. Ah! le ruego, señora, no sonría usted No hay confusión de términos: es un dolor insensible, continuo que se mezcla en la alegría alborozada; es lento, imperceptible casi. (Bajo) usted misma, señora, ¿no sufre? ¿no ama?...

RENÉE — (Nervíosa) — Mi esposo es un hombre bueno, amabilísimo...

ALFREDO —(Inquieto, paseándose) — Es cortés, afable, excelente el señor Vrigny.

RENÉE — Armando .. tiene sus caprichos. El cree que los caprichos son inherentes á un espíritu inquieto. ¿Piensa usted lo mismo, señor Aubriot?

ALFREDO — También el amor es caprichoso, señora, vale decir: en sus rarezas radica su mayor encanto.

RENÉE — ¿Y en el misterio?

ALFREDO (Nervioso) ¡¡El suyo!! (Renée enmudece) Señora, ¿se siente usted mal, acaso?

RENÉE — (Con afectación) — No, ya ha pasado. Un vahido la mañana, el aire quizás.. Pero señor Aubriot, extraño á Armando. ¿Habrá pasado algo?

ALFREDO — No, señora: es aprehensión de usted No olvide que yo no me impaciento por la ausencia de Adoro.

RENÉE — Ah! perdóneme usted! ¡no sé dónde tengo la cabeza! No me acordaba de ella. Qué dulce amiga es la esposa de usted (aproximándose con alguna indecisión) ¿La ama usted, amigo mío?

ALFREDO — (Con disimulo) — ¿Lo duda usted, señora?

RENÉE — (Con precipitación) — Oh! no, caballero. Curiosidad, cosas femeninas Las mujeres en nuestra intimidad, deseamos adivinarlo todo; saberlo todo; y todo poseer. Lo que á una amiga interesa, deseamos conocerlo Nada más ¿no es cierto que estas cosas puramente femeninas las perdona usted?

ALFREDO — (Sonríe) — Sí señora: con una condición: me dirá usted si es curiosidad y nada más (Con ironía) Por qué todo lo que interesa á mi esposa yo... yo también deseo conocerlo.

RENÉE — (Inquieta) — ¿Qué se le puede decir á un hombre, que se interesa por una mujer? Nada. El debe indagarlo...

ALFREDO — Si el hombre no descubre el misterio que envuelve á una mujer ella debe explicarlo ó insinuarlo al menos... Por ejemplo: si usted, señora, no se hubiese enamorado del señor Vrigny: ¿sabe usted cómo haría mi amigo para conocerlo? Fácilmente: usted se lo diria...

RENÉE — (Interrumpiéndolo) — ¿Yo? ¿En qué forma?

ALFREDO— ... en un beso!

RENÉE—Usted se burla, señor Aubriot Como dice Armando «¡siempre el misterio!»

ALFREDO — (Con disimulo) — Amigos de la infancia, el señor Vrigny y yo, nos conocemos perfectamente. El es fino en la per epción; tiene tacto en todas sus apreciaciones Créame usted, señora, para un hombre delicado y culto, la mágica de las figuras por el sentido óptico, para un hombre culto de análisis — me refiero á Armando — la figura real imaginada, que vemos, como á través de un cristal, una luz cualquiera, no seduce por su exterior. Quiero decirle que el señor Vrigny por estas razones conoce á usted íntimamente.

RENÉE — No divaguemos. Un hombre: ¿cómo conoce, cómo sabe si lo ama una mujer?

ALFREDO — (Bajo) —Porque las mujeres cuando no fingen: aman. Amando una mujer todo fingimiento se desvanece.

GERÓNIMO COLOMBO.

Mercurial

Luchador que buscó su derrotero
De la vida en las grandes arideces,
Y apuró como un fosco prisionero
La copa del dolor hasta las heces;

No vengo á ti porque jamás inclino
Con suave gesto de humildad la frente,
Oh histrión á cuyos ojos de felino
Muchos doblegan la cerviz doliente.

Yo no vengo hacia tí como esos viles
En busca del mendrugo que les falta;
De mis odios los pájaros viriles
Hoy te apostrofan con la voz muy alta.

Inmóvil ente que engendró el pantano
Y amamantó una cabra: la estulticia;
Espíritu pueril que das la mano
Al que cuando te compra te acaricia:

Yo vengo á sofrenar de tus intentos
La audacia enorme que te empuja al dolo;
Mi venganza se inspira en los lamentos
De tus inermes víctimas, tan solo.

¿Qué haces aquí? Despoja á tu conciencia
Del antifaz infame que la encubre.
¿O es que ignoras, acaso, la existencia
De una clase paupérrima y sin ubre?

Bien: yo soy su cantor; sigo y pregono
El evangelio de esa clase aislada,
Por eso vengo á lapidar tu trono
Con la honda de mi numen, acerada.

Fomentador de todas las miserias
Y de todas las pústulas sociales:
Hoy predice tus íntimas lacerias
Un paladín de nuevos ideales.

Porque tu corazón lleno de lodo
Es como el cuarzo, sumamente duro,
Y ha de caer con tus libertos, todo,
Todo tu poderío en antro obscuro.

De orgullo y de valor haciendo alarde
Tú predicas el triunfo del más fuerte,
Y no ves que tu espíritu cobarde
Sufre el hondo contagio de la muerte.

Mientras yo siga el mismo derrotero
De la vida en las grandes arideces,
Y apure como un fosco prisionero
La copa del dolor hasta las heces;
Para librarte del poeta austero:
¿A quién, á quién elevarás tus preces?

PÉREZ Y CURIS.

BIBLIOTECA NACIONAL MONTEVIDEO

Era el ideal

Para APOLO.

Inusitadamente su silueta
surgió como una estrella vespertina
allá entre la nostálgica neblina
de aquel opaco atardecer violeta.

« Es mi hermana! » — me dijo en voz secreta
el corazón. — « Es ella, la divina
hada azul, vagarosa y diamantina
que encarna los ensueños del Poeta! »

Bajo el triste palor de aquel Ocaso
hacia su busca encaminé mi paso.
! Oh, eterna ensoñación! Oh, amada mía!

Mas ay! Oh, cruel ficción, minuto escaso,
que al quererla alcanzar ella ya huía,
y yo la busco aún desde aquel día!

JUAN PICÓN OLAONDO.

La chusma que ríe

De "Cantos de Rebelión"

Para Apolo.

Pasaron una tarde cuando el Gran Astro moría. Yo soñaba en la penumbra de un rincón de mi pocilga bohemia; y de abajo, de allá abajo donde duerme la miseria por el vientre atada al suelo como el grillete del hambre, ascendía como un vaho agri-amargo, y las alas deletéreas del céfiro nacido en la entraña repugnante de la urbe, arrastraba los sollozos, los suspiros y los ayes de los hijos de la chusma; y los padres y las madres, alocados un momento, arrojaban hacia el cielo mudo y sucio sus rugidos de placer retenidos todo el año.

¡Y pasaron, y pasaron!...
Pasan siempre, año á año.
Hoy, miradlos:

I

¡Allá van!... todos llevan en los ojos
un *no se qué* de lujuriosas ansias,
un *no se qué* de espasmos deleitosos
de un bestial sensualismo que estallara
en rabiosa balumba de improperios,
de gritos, maldiciones, carcajadas!...

—

Es la turba de siempre, la que vive
al yugo eternamente esclavizada;
la que todos los días muere de hambre
al pie suntuoso de marmóreas gradas;
la que todos los días riega campos
con su amargo sudor y con sus lágrimas;
la que todos los días deja trozos
de carne palpitante entre las máquinas...
Es la turba de siempre... plebe imbécil,
anónimo montón, multitud, nada!...

II

¡Reid y haced reir, pueblos esclavos!
¡Reid, gozad!... ¡que viva la algazara!
¡Arrojad el dolor á vuestros antros
y vestíos de fiesta, eternos parias!
El señor os espera en su palacio
para veros pasar en mascarada,

—es el mismo señor que os esclaviza,
mañana azotará vuestras espaldas!—
andad, haced que ría, haced que goce,
y vosotros... sufrid, servil canalla!

III

¡Allá van!... todos llevan bajo sedas
podredumbre y dolor, roñas y llagas,
y la mueca risueña de sus rostros
oculta gestos de hambre, insomnio y rabia.

—

¡Avalancha inconsciente! ¡Manicomio
desbordado en las calles! ¡Caravana
de hambrientos y azotados
vestidos de señores y monarcas!
. . Pobres pueblos si siempre á sus tiranos
servirán de bufones.
De sus báquicas
canciones de placer, hacer debieran
una música fúnebre, una marcha
triste como un páramo cinéreo,
y de sus trajes de arlequín, mortajas
para cubrir sus cuerpos extenuados,
faltos de voluntad, como una barca
que ha perdido el timón en la tormenta
y vaga ya sin rumbo por las aguas
hasta que éstas la estrellan en las rocas
ó inútil la abandonan en las playas.

IV

¡Pueblos esclavos, escuchad! Yo os hablo
en nombre del ejército del Alba,
ese ejército de hombres valerosos
que llevan la bandera desplegada
como un girón de aurora tremolando
en la noche social de la ignorancia;
yo os hablo en nombre de una idea grande
de libertad y redención humanas...
¿me queréis escuchar, pueblos esclavos?:

—

—No hay tiempo de reir ¡á la batalla!
que rían los ahitos, los que nunca
sintieron un vacío en las entrañas;

que rían los que encuentran en el mundo
lugar de goces, de cariño y calma...
pero nunca vosotros ¡pobres pueblos
que sois la carne eternamente esclava!

—

¡No hay tiempo de reir ¡á la contienda
pueblos esclavos, el Futuro os llama!

ALEJANDRO SUX.

Buenos Aires, Carnaval de 1907.

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL

JUAN P. VICO HAGET

El 18 del pasado falleció en el sanatorio «Paradise Grove» en Lomas de Zamora — Buenos Aires — á donde había ido en busca de mejoría para sus dolencias, el joven estudiante Juan P. Vico Haget, después de una penosa enfermedad.

El joven Vico Haget inició sus estudios preparatorios en el Colegio Nacional de Buenos Aires, donde era singularmente apreciado por sus profesores, los que veían en él una esperanza artística, pues poseía un raro temperamento de esteta que lo haría triunfar en la carrera de la arquitectura, á la que se dedicaba. Más tarde, en la «Academia de Bellas Artes» de la misma ciudad, demostró sus condiciones excepcionales que le valieron en más de una ocasión distinguidas menciones; y entre nosotros colaborando con profesionales de la Arquitectura en importantísimas obras, reveló una competencia y un buen gusto poco comunes.

Al colocar en nuestra revista el grabado que acompaña estas líneas, lo hacemos como testimonio de aprecio al talento malogrado del joven artista que hubiera sido sin duda alguna, una bella realidad en el ambiente montevideano.

FRAGMENTOS

Para Apolo.

. . . . . .

¿De qué andaluza simiente
Brotó pomposa y ardiente
La flor de mi corazón?
Mi musa es bruna é hispana,
Mi sangre es sangre gitana
En rubio vaso teutón.

Mi älma, fanal de sabios
Ciegos de luz, en sus labios
— Una chispa de arrebol —
Puede recoger el fuego
De toda la Vida, y, luego
Todas las llamas del sol!

Alma que cabe en un verso,
Mejor que en un universo!
— Instinto de águila real
Que engarza en ave canora,

A un poeta español.

Roja semilla de aurora
En un surco musical! —

Mi sol es tu sol ausente;
Yo soy la brasa candente
De un gran clavel de pasión
Florecido en tierra extraña;
¡Todo el fuego de tu España
Calienta mi corazón!

La plebe es ciega, inconsciente;
Tu verso caerá en su frente
Como un astro en un testuz;
Mas tiene impulsos brutales,
Y un choque de pedernales
A veces hace la luz!

. . . . . .

DELMIRA AGUSTINI.

Poetas nuevos

Ayer y hoy

Para Apolo.

Al poeta y amigo Pérez y Curis.

I

Yo era pequeño y al mirar del mundo
las creaciones vestidas de experiencia
renegaba de toda la impotencia
que á mi ser envolvía, y un profundo

dolor que destrozaba en un segundo
la ilusión, en mi estado de inconsciencia,
me inducía á pensar: ya mi existencia
el poder me dará de ser fecundo.

Así crecía viendo en mi camino
levantarse de hierro la barrera
que mi edad de imposible colocaba,

y, sin pensar jamás en el destino,
precoz aceleraba la carrera
hacia el punto en que el hombre se encontraba.

II

El tiempo transcurrió. Ya en el ocaso
de mi vida no guardo más pasiones
que mirar cómo marchan las legiones
de infantes temerosos del retraso.

Ellos van hacia el fin, paso tras paso,
sumidos en un lago de ilusiones
llevando en sus ingenuos corazones
de porvenir inseparable lazo.

Y he llegado hasta aquí... Más me valiera
no haber del mundo penetrado el seno,
pues todo lo que ví color de armiño

se ha trocado en miseria, lodo, cieno,
y al mirar esta faz que desespera
en vez de un hombre me quisiera un niño.

Alberto R. Macció.

Vicente Medina

Ha estado entre nosotros, de paso para la Argentina, el inspirado autor de « La Canción de la Huerta » don Vicente Medina. Fueron á recibirlo abordo del León XIII los poetas Pérez y Curis y Ovidio Fernández Ríos. Al partir de Cartagena se celebró un banquete en su honor, al que asistieron distinguidas personalidades de la prensa española y poetas de alto vuelo. Los periódicos « La Tierra » y « Carthago Moderna » dedicaron sentidas frases á tan ilustre poeta, y durante el banquete, Chocano, el autor de « Iras Santas », recitó entre otras poesías suyas, la siguiente :

Adiós á Medina

El Rey de las Españas piensa en un bello viaje
por las tierras de Indias; yo no sé si lo hará;
pero el júbilo corre por mar y por boscaje
y los Andes inclinan sus cumbres por si va.

El que hoy va es un poeta, cuyo fino cordaje
dice un cántico; el cántico que siempre sonará
del amor que suspira por el patrio paisaje
y por el tiempo heroico que nunca volverá.

El Rey de las Españas llevaría su cetro.
Poeta: tú la lira, y el número y el metro
con que la vida ajustas al són de tus canciones.
Por si va el Rey, tú ahora el homenaje empie-
[zas;
porque si él verá cómo se doblan las cabezas,
tú verás cómo en cambio se alzan los corazo-
[nes.

Damos la bienvenida al delicado poeta y querido amigo.

Voces americanas

" Apolo "

Esta simpática i bien nutrida revista que ha logrado, gracias al esfuerzo intelijento i tenaz de sus directores, reunir en sus pájinas las firmas más prestijiadas de América i España, en la poesía i el cuento, nos ha enviado el número 12 correspondiente al mes de Febrero.

Es digno de todo encomio el entusiasmo con que Pérez i Curis contribuye con su Apolo á la confraternidad literaria de los intelectuales hispano-americanos.

Después de « El Cojo Ilustrado » de Caracas, la primera revista de América por su material, no conocemos otra que, como Apolo, reuna mayores firmas. Apolo está á cien codos sobre « Zig-Zag », por ejemplo, revista que parece estar condenada á « zigzaguear », sin encontrar jamás el buen camino, que es el de dar trabajos orijinales inéditos de autores que representen algo en la literatura de aquí ó de cualquiera parte.

« Apolo » promete un número especial para el 1.° de Mayo, que no dudamos sea tan selecto como el del 1.° de Enero, que alcanzó á cinco mil ejemplares, agotados en unos cuantos dias.

Al entrar á su tercer año de existencia, deseamos á « Apolo » los más lisonjeros triunfos.

El número 12, del cual acusamos recibo, trae colaboración de Fernández Ríos, Herrera i Reissig, Miguel Luis Rocuant, Alejandro Sux, Pérez i Curis, Roberto Boza, etc., etc.

(De *La Lei*)

Santiago de Chile.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Almas de fuego, POR FELIPE SASSONE — MADRID. El cuento es un genero literario casi olvidado en América. La mayoría de nuestros prosadores se dedican á la novela porque hay más donde espigar ó bien porque su temperamento artístico necesita vastos campos donde poder mostrarse. España, en cambio, cuenta con un núcleo muy selecto de cultivadores de ese género divinizado en Francia por Maupassant.

El escritor peruano Felipe Sassone, autor de la novela «Malos Amores» que ha merecido muchos elogios de la crítica iberoamericana, nos ofrece ahora un hermoso bouquet de cuentos que titula «Almas de Fuego». Novelas cortas llenas de vida y con un cúmulo de finas observaciones que revelan en su autor á un psicólogo sagaz, en ellas existe el consorcio de la idea y del estilo, rico y armonioso éste; y aquella, noble y humana. El alma que anima esos cuentos es compleja y sensitiva. Llora y ríe, impreca y bendice. De ahí la duplicidad psíquica de Sassone, esa duplicidad virtuosa inherente á los grandes escritores.

Lamentamos no disponer de mayor espacio para hacer un juicio extenso sobre este libro de Sassone que es uno de los mejores que hemos leído en estos últimos tiempos. Vayan, en cambio, á su autor, nuestras sinceras felicitaciones por su nuevo libro.

Crítica del Genio, POR PEDRO SONDERÉGUER. — SANTIAGO DE CHILE. — Es una hermosa monografía leída por su autor en el Salón de Conferencias del Museo Pedagógico de Santiago de Chile Pedro Sonderéguer no es un desconocido para nosotros. En 1904 publicó su primera obra: «Cóndor» novela de mucho aliento que mereció los más altos elogios de la crítica. En «Crítica del Genio» Sonderéguer se nos presenta como un escritor original que ahonda con mucho tino el concepto de las cosas Sus disquisiciones filosóficas sobre el genio, son, á todas luces, eficaces y vigorosas. Son el fruto de un cerebro bien nutrido y preparado para los altos estudios.

La obrita trae un prólogo de Miguel Luis Rocuant, el brillante poeta chileno.

Domus Aurea, POR AURELIO DEL HEBRÓN — MONTEVIDEO. — He aquí la obra de un solitario incomprendido. «Domus Aurea» consta do quince sonetos que no son sino otros tantos poemitas cuya originalidad y galanura de estilo han conquistado el aplauso de los escritores selecto y provocaron el ataque de los mediocres. Aurelio del Hebrón ha dado la nota nueva de nuestra literatura Fruto de un alto y noble individualismo, cada uno de sus sonetos es un símbolo extraño de profunda idealogía De ahí que no haya sido comprendido sino por aquellos espíritus selectos unidos al suyo por lazos de afinidad

Poesía, POR VICENTE MEDINA.—CARTAGENA (ESPAÑA).—Nuestro colaborador Vicente Medina, el tierno poeta de «Aires Murcianos», ha publicado en un grueso volúmen muchas de sus poesías ya conocidas y otras inéditas. «Poesia» que así se titula este libro llamado á tener mucho éxito en los países americanos trae juicios críticos de Leopoldo Alas, Luis Bonafoux, José M. de Pereda, J. Martínez Ruiz, Urbano González Serrano, Juan Maragall, Teodoro Llorente, Pedro Díaz Cassou, José Ventura Traveset y Pedro Corominas

Poeta original y emotivo, cuyos versos tienen la intensidad de una

música humana y las ternuras de un espíritu exquisito, Vicente Medina es uno de los grandes poetas que han llegado á crear escuelas. Su poesía siempre impregnada de sentimental perfume tiene mucho de los encantos y de las tristezas de la vida. «En la senda» es una de sus poesías que aquí más se conocen.

«Poesía» está en venta en la Librería Moderna de O. M. Bertani, calle Sarandí, 240.

NUEVO CANJE

Ecos del Yunque. — BARACOA, (CUBA). — Por primera vez ha llegado á nuestra mesa de redacción esta revista ilustrada que se publica bajo la dirección de Francisco V. Avila El número 20 que tenemos á la vista trae composiciones de distinguidos literatos como Manuel S. Pichardo, Julián del Casal, etc.

Albores. - MANIZALES, (COLOMBIA). — De esta interesante y selecta revista literaria que dirigen los señores Jesús Arenas y Pedro Luis Rivas S., hemos recibidos los números 7, 8 y 9 Vienen repletos de un material excelente firmado por conocidos intelectuales de Colombia

Alma Joven.—MANAGUA, (NICARAGUA). — Acusamos recibo de los números 2, 3 y 4 de esta hermosa revista literaria, una de las más cultas que ven la luz en la América Central. Son sus directores los poetas Jorge Obando R. y Salvador Ruiz M —Entre las valiosas firmas que contienen esos uúmeros figuran las siguientes: Amado Nervo, Emiliano Hernández, José Santos Chocano, Lino Argüello y otros escritores de renombre.

El Alba. — LEÓN, (NICARAGUA). — Hemos recibido algunos números de esta interesantísima publicación mensual que dirige el delicado poeta A. Medrano

Es, sin duda alguna, la mejor que se publica en los países centroamericanos. «El Alba» es una bella revista literaria por cuyas páginas desfila la alta intelectualidad de la tierra de Darío. Los números que tenemos en nuestra redacción traen composiciones (algunas inéditas) de Santiago Argüello, Ruben Darío, A. Medrano y otros escritores de fibra, ya consagrados en el ambiente literario hispanoamericano.

Con esta revista, igual que con las anteriores, dejamos desdo ya establecido el canje de práctica.

CANJE ORDINARIO

«El Cojo Ilustrado», Caracas; «Letras, Habana; «Zig-Zag», Santiago de Chile; «Revista Latina», Madrid; «Revista Rochense», Rocha; «Tepic Literario», Tepic (México; «Pedagogía y Letras», Guayaquil; «Revista de Guadalajara», Guadalajara (México; «Nueva Vida», San Salvador; «Tropical», Ibagué (Colombia; «Mes Literario», Coro (Venezuela) «Elitros», Maracaibo Venezuela); «Páginas Ilustradas», San José de Costa Rica.

NUEVOS LIBROS RECIBIDOS

A última hora nos han llegado los siguientes:

«La Cópula», por Salvador Rueda. — Madrid.

«Géminis», por R. Villegas y Bermúdez de Castro. - Madrid.

«Por los Caminos del Mundo» (poesías), por Guido Anatolio Cartey. — Buenos Aires.

«El Dilema» (drama en un acto), por Guido Anatolio Cartey. — Buenos Aires.

«Conocimiento y acción. En los márgenes de «L'expérience réligieuse», de W. James. — Sobre el carácter. — Un paralogismo de actualidad. Psicogramas — Un libro futuro Reacciones. — Ciencia y Metafísica.», por C. Vaz Ferreira. — Montevideo.

En el próximo número hablaremos de todos ellos. No lo hacemos en éste por no disponer del espacio necesario para ocuparnos detenidamente de algunos de dichos libros que nos merecen un concepto muy alto.

SOMBRERERIA JOCKEY CLUB

DE

Argerio y Lena

SE HACEN SOMBREROS DE MEDIDA

GRAN VARIEDAD EN ARTÍCULOS
PARA HOMBRES, RECIBIDOS
DIRECTAMENTE POR LA CASA

PRECIOS MODICOS

Avenida 18 de Julio, 360

(FRENTE Á LA CONFITERÍA AMERICANA)

MONTEVIDEO.

APOLO

REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL URUGUAY Y LA ARGENTINA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

Edición económica	$ 0.15	oro
» de lujo	» 0.20	»

Administrador: LUIS PÉREZ (Ejido 190)

La correspondencia literaria á PÉREZ Y CURIS

— MONTEVIDEO (URUGUAY) —

APOLO

Revista mensual de arte y sociología

Director-Redactor: Pérez y Curis ✣ Redactor: Perfecto López Campaña
Secretario de redacción: O. Fernández Ríos

CUERPO DE REDACCIÓN

Juan Picón Olaondo — Montevideo.
Francisco Villaespesa — Madrid.
Manuel Ugarte — París.
Enrique Olaya Herrera — Bruxelas.
Luis G. Urbina — México.
Rafael Angel Troyo — Cartago de Costa Rica.
Guillermo Andreve — Panamá.
Froilán Turcios — Tegucigalpa (Honduras).
Santiago Argüello — León (Nicaragua).
Arturo Ambrogi — San Salvador.
M. Moreno Alba — Barranquilla (Colombia).
Miguel Luis Rocuant — Santiago de Chile.
Pablo Minelli González — Buenos Aires.
Rosendo Villalobos — La Paz (Bolivia).
Guillermo Lavado Isava — La Victoria (Venezuela).
Remigio Romero León — Cuenca (Ecuador).
Juan Guerra Núñez — Habana.
José de Diego — San Juan de Puerto Rico.

Imp. «La Rural», de E. Ramos — Florida 84 y 92ª